¡A escribir se ha dicho!

Alba

Capítulo 1Bueno... No estoy nerviosa, ni que estuviera hablando en público... A quién voy a engañar, la verdad es que hace tiempo que no me sentía tan nerviosa, mi corazón late casi a la velocidad a la que teclean mis dedos (si mi profe de lengua leyera esto, estaría orgullosa de la hipérbole... o no).

Hace tiempo que creé este blog, y no había escrito nada hasta ahora. Poco a poco, señores, bastante tuve que comerme el coco para sólo crear el blog. Si ahora estoy escribiendo, no sé muy bien por qué lo hago. Quizás por la vergüenza del espacio vacío, quizás porque tengo un par de amigos virtuales y me daba palo que al ver mi blog dijeran: "Uuuuy, que fondo tan bonito".

Probablemente alguien visitará este blog en el futuro, o eso espero, así que con esta introducción pretendo varias cosas: justificarme, advertirles y disculparme. Sí, un triunvirato algo cobarde.

Si no había escrito hasta ahora era por temor, no sólo porque lo que leerán será semejante a la composición del mcflurry según la wikipedia: vainilla de dudosa calidad, sino porque además escribiré bastante de vez en cuando; aunque bueno, no soy la mejor en esto, pero sospecho que tampoco soy la peor, así que dije: ¿Por qué no?, y me decidí a hacer la... introducción. Sí... muy valiente.

La verdad es que escribo porque me gusta, pero por desgracia bastante espaciadamente en el tiempo. Soy una persona ocupada, así que, todavía, no puedo permitirme practicar arduamente largo rato (aunque aspiro a hacerlo en un futuro, próximo, a poder ser). Probablemente, si se dignan ustedes a leer las

entradas, no serán de la máxima calidad, más bien al contrario, aunque espero que aún así les guste. No tengo apenas experiencia escribiendo, ¡pero si no hacía este blog nunca la iba a conseguir!. Yo disfruto, así que espero que ustedes también lo hagan. Como diría Wireman en Duma Key, Stephen King, *yo gano, tú ganas;* sin embargo, quiero hacer saber que todo tipo de críticas que se quieran hacer serán más que bienvenidas, tanto críticas constructivas como destructivas (ay, mi madre). Al fin y al cabo, de todo se aprende.

Reitero mi disculpa por si encuentran errores o si este blog no es de su agrado, pero ¡eh!, dicen que de los malos libros también se sacan cosas buenas. Si hay algo que no les guste o creen que podría mejorar, faltas de ortografía... por favor, para eso están los comentarios. Y si hay algo que les gusta... pues resulta que los comentarios también sirven para eso. Por último, si alguien quiere decir cualquier otra cosa, contar lo guay que fue ir a la playa, les aseguro que eso de "Añadir un comentario" no se los va a comer. Eso sí, no se enfaden conmigo si no respondo a alguien inmediatamente (o en un largo tiempo), lo intentaré en cuanto vuelva a conectarme, repito que tengo la sensación de que será bastante de vez en cuando. Al menos hasta que pueda sentarme de verdad.

Bueno, deséenme suerte.

Cambio y corto.

Capítulo 2Bueno, este es un relato que presenté a un concurso del instituto... no ganó nada jeje, pero a mí me gusta y me pareció buena idea compartirlo con ustedes.

No la pondré entera de golpe, porque hay cosas que me gustaría modificar y mejorar, ya que limitada por la extención máxima del relato no pude explayarme en algunos detalles. No es muy larga, como podrán comprobar.

Espero que sea de su agrado.

La Princesa de Plástico

La pequeña cucaracha se quitó la gorra con delicadeza y la peinó con sus torpes patas delanteras, pulcramente. Se la colocó en la cabeza y meditó durante unos momentos. Delante de él, la escena era horrorosa, capaz de sobrecoger a la mantis religiosa más aterradora. Pero la cucaracha observaba con templanza y frialdad el cadáver de aquel desgraciado grillo, el cual había perecido de una manera atroz. No podían tocar nada hasta que llegara el forense, y éste siempre llegaba tarde.

El jefe de policía empezó a gritar en busca de la cucaracha. Ella se dirigió hacia donde estaba al jefe, diligente, pasando bajo la cinta de telaraña que delimitaba la escena del crimen. El jefe de policía era corpulento, más grande que la cucaracha, y también más imponente. Con sus flexibles ojos observaba cada detalle, lo que lo convertía en un gran investigador; sin embargo, le era necesario tener agentes como la cucaracha, debido a que su lentitud de desplazamiento lo condicionaba gravemente. La cucaracha pensaba que sin este impedimento, sería uno de los mejores policías de la ciudad, si no el mejor. Pero aquel día, parecía extremadamente cansado. Tenía unas profundas ojeras y ofrecía un color más verdoso de lo normal, además de parecer aún más baboso. La cucaracha pensó que debía de ser por llevar la casa a cuestas, con aquella gran concha en la que se enrollaba su cuerpo. La ocurrencia le hizo gracia, pero no lo exteriorizó, permaneció serio frente a su jefe.

- Agente, informe.

- Es un artrópodo, señor, un grillo. Vivía aquí desde hace tiempo, – la cucaracha señaló con una de sus patas una gran alcantarilla – todos los vecinos lo conocían. Tenía algunas quejas por los ruidos que hacía por las noches, según me han informado se originaban en su abdomen y era insoportable; pero nada grave que pudiera llevar a alguien a cometer un

crimen. Aparentemente, no tenía enemigos.

- Pues vaya – dijo el caracol con resignación. Luego procedió a hablar con otros agentes acerca del crimen, un inteligente insecto palo y una lombriz que alardeaba de haber pertenecido en su juventud al ejército de tierra. La cucaracha volvió a la escena, aproximándose a donde se encontraba el cuerpo. Fue entonces cuando oyó a alguien que gritaba para abrirse paso. Supo de inmediato quién era. El largo y fino ciempiés avanzaba rápidamente hasta donde él se encontraba, pidiendo a gritos y malhumorado que le dejaran paso. Era el forense, cómo no. Era largo y de un color beige, con finas líneas negras que atigraban su lomo y quince pares de patas, que se repartían con gracia a lo largo de su cuerpo. La cucaracha pensó que debía de ser muy difícil caminar y correr sin tropezar con aquellas extremadamente largas y finas patas; sin embargo, eran perfectas para su trabajo. Llegara o no tarde, era el mejor forense que conocía. En las autopsias, manipulaba el cuerpo de los insectos, moluscos cefalópodos u otras especies con gran sutileza y gracia, utilizando muchas de sus patas simultáneamente, elaborando pequeños cortes certeros aquí y allá. El forense observó el cuerpo sin ningún asomo de inquietud, se acercó, y con frialdad dijo:

- Desde luego no lo ha aplastado un humano, está destripado. Yo diría que algún insecto con largas garras. - Miró a la cucaracha – No vivirá cerca de aquí una mantis religiosa, son muy dadas a los cortes.

La cucaracha no lo sabía, y así se lo hizo saber al flaco forense. Levantó la cabeza y miró al cielo, era noche cerrada y el cielo estaba cubierto por espesas nubes, pronto llovería. La única luz procedía de una farola que se encontraba encima de ellos, iluminando la escena con fatalidad, confiriéndole una palidez enfermiza. Dejó al forense observando el cuerpo y comenzó a inspeccionar la escena con aún más detalle. No había arma, los bichos no necesitan armas, las llevan acopladas en su cuerpo; sin embargo, pueden dejar otros rastros. La cucaracha se acercó lo más que pudo al suelo, aplastándose contra él. Había una extraña baba cubriendo el asfalto. Alargó una pata y lo tocó. Era pegajoso. La baba se prolongaba por el suelo en un reguero sinuoso. Siguió el rastro con la mirada hasta que dio con la respuesta. Dio un suspiro con desdén mientras veía al jefe de policía caracol alejarse con lentitud, manchando el suelo a su paso.

Pero había algo más.

La cucaracha se detuvo en seco. A unos centímetros de ella, cerca de la escena del crimen, había unas marcas. Los arañazos destacaban sobre el asfalto negro con un color blanquecino. Eran tres marcas separadas.

La cucaracha frunció el ceño, o lo que en su caso sería el ceño, mientras observaba las marcas, intentando vislumbrar qué tipo de insecto o arma podría haberlas hecho. Las marcas eran bastante profundas, así que

debían de haber sido unas garras muy duras, o incluso... ¿uñas? Sin duda el bicho tenía fuerza...

Se encontraba divagando cuando, frente a él, una gota de agua lo hizo volver a la Tierra – que ellos llamaban Centro y era plana – con un sobresalto. Alarmado, miró al cielo. No se veía ninguna estrella. Otra gota de agua cayó más cerca. Miró a su alrededor preocupado, con el estómago encogido. El forense también se había percatado de las primeras gotas que caían del cielo. El ciempiés empezó a gritar a los agentes que tenía a su alrededor que le ayudaran a mover el cuerpo, o todas las pruebas del crimen desaparecerían para siempre. La cucaracha se acercó velozmente al forense, esquivando una decena de insectos asustados de la lluvia. Oía el ruido de las gotas al llegar al suelo, y supo que iban a más.

- ¡Eh, tú. Cucaracha! ¿Cómo te llamas? - el forense gritaba para hacerse oír por encima del bullicio de los otros bichos.

- Frank...

- ¿Qué? - dijo aún más fuerte el ciempiés, llevándose un par de patas al oído.

-¡Frank!

- Vale, Frank. Ayúdame con esto, ¿quieres?

La cucaracha, Frank, ayudó al ciempiés a transportar el cuerpo al imbornal situado en el lateral de la acera. El ciempiés seguía gritando – Frank se temía que gritar formaba parte de él – dando ánimos a la cucaracha para que empujara, ya que él más bien sostenía una de las patas del grillo mientras Frank hacía toda la fuerza. La lombriz Yo-estuve-en-el-ejército-de-tierra pasó junto a ellos diciendo con sonrisa culpable:

- Lo siento, me gustaría ayudar, pero es que no tengo patas para cogerlo.

Llegaron al imbornal, donde se refugiaron de la lluvia.

- ¡Ay, madre! Por poco nos quedamos sin caso. ¡Ay, qué cansancio! ¡Cómo pesa!...

“Pero bueno...”, pensó Frank, mirando incrédulo al ciempiés. “Si llega a hacer fuerza se rompe... hay que ser queji...”.

Sus pensamientos se interrumpieron súbitamente. Había algo en la calle, bajo la lluvia. Algo en el suelo. Entornó los ojos para verlo mejor. La lluvia enturbiaba la vista y una espesa neblina empezaba a condensarse en la superficie. Parecía un dibujo en el asfalto. ¿Cómo no lo había visto antes? El ciempiés también lo vio y dejó de quejarse. Sólo se oía el susurro de la

lluvia, que en breve se convirtió en un verdadero aullido. Entonces Frank cayó en la cuenta. Era imposible verlo, ya que el cuerpo del grillo había estado encima todo el rato.

La cucaracha miró el cielo negro. Las grandes gotas de agua relucían en su caída, iluminadas por la luz de la farola. Frank cogió aire hasta llenar su sistema respiratorio traqueal, muy distinto al pulmonar de los mamíferos, y salió disparado al exterior, bajo la lluvia. Ya se habían formado algunos charcos, pero la cucaracha los esquivó con seguridad. Las gotas caían sobre ella demoledoras, pero no se detuvo hasta situarse junto al extraño dibujo. Se acomodó la gorra en la cabeza y lo observó con nerviosismo, sin entender nada. El dibujo presentaba una extraña circunferencia que contenía otras más pequeñas en su interior. Estaba excesivamente decorada. Por fuera de la circunferencia externa habían unos símbolos que Frank no pudo identificar. La sangre del grillo ribeteaba el dibujo, que ya había empezado a desaparecer, diluyéndose. La tiza blanca con que había sido cuidadosamente delineado era arrastrada por el agua.

Ese dibujo... lo había visto antes.

Frank dirigió una última mirada a su alrededor, a la ya inservible escena del crimen, antes de volverse y correr al refugio del imbornal.

- ¿Qué era...? - preguntó el ciempiés con curiosidad.

- No lo sé... un dibujo.

- ¡¿De qué?! - exclamó el ciempiés exaltado.

- ¡No me grite! No sé lo que era... Una esfera... o algo así. Tenía unos símbolos extraños, pero no los había visto en mi vida... creo.

- Eso no es muy difícil, teniendo en cuenta que tu vida no habrá sido muy larga...

Frank suspiró exasperado.

- Bueno, ¿y usted qué tiene? - preguntó la cucaracha.

- Bueno, soy viejo, pero aún no me ha dado la artritis...

- ¡Me refiero al caso! ¿Qué ha averiguado?

El ciempiés permaneció quieto unos segundos, pensando. Luego, con una complicada reverencia que incluyó el movimiento de casi todas sus patas, contestó:

- No es por alardear, pero ciertamente he averiguado mucho. Mira este pobre grillo.

El forense señaló al artrópodo con tres pares de patas. Frank miró el cuerpo y se estremeció, estaba destrozado. Muchos trozos del animal se habían quedado por el camino durante su traslado. El ciempiés empezó a manipular al grillo como si se tratara de un juguete para niños.

- Está ciertamente destripado. Pero observa esto... ¿Qué ves?

La cucaracha examinó el cuerpo del grillo con desgana, sintiendo náuseas.

- ¿Qué ves? - insistió el forense.

- No lo sé...

- Venga, chico. Parecías más listo.

Frank le dedicó una mirada de odio al ciempiés, que seguía señalando el cuerpo inerte con inocencia. La cucaracha se concentró más en el cuerpo. Entonces, algo le llamo la atención.

- No hay signos de resistencia física...

- ¡Exacto!

Frank miró muy serio al ciempiés, las deducciones giraban descontroladamente en su cabeza. Por eso se había hecho policía, era buen observador, y no podía dejar de buscar respuestas. Cuando su mente comenzaba el proceso deductivo, todo lo demás dejaba de importar. Era como una droga, lo atrapaba.

- Si no se resistió, hay menos opciones. Quizás lo drogaron, pero si no es así... Quien le atacó debía ser alguien conocido, alguien de quien la víctima no sospecharía.

- Has dado en el clavo, cucaracha, y puedo decir que antes se pasó por aquí uno de esos asquerosos bichos carroñeros, por eso no encontrarás por ningún sitio la pata que falta, y no le pasó absolutamente... nada. - El ciempiés hablaba con un tono místico.

- Si a ese bicho no le pasó nada... no puede ser veneno... ni droga. Sólo queda una opción. Conocía al asesino. Y que yo sepa, los grillos no son migratorios. Eso quiere decir que el asesino tiene que ser alguien muy cercano, alguien incluso... de esta misma alcantarilla.

Frank miró fijamente al ciempiés, muy serio.

- Eh, a mí no me mires. No mataría ni... ni a un parásito.

La cucaracha miró al cielo con irritación.

- Claro que no eres el asesino. El asesino debía de ser muy fuerte, y tener garras. Hay tres marcas en el asfalto que así lo indican. Probablemente las hizo cuando huía, o quizás son... una señal... una firma.

- Bueno, - el forense clavó sus ojos en la cucaracha -, ¿y qué hay del dibujo?

Frank se había olvidado completamente de ese detalle.

- Bueno. Evidentemente el asesino ha hecho el dibujo y puesto el cuerpo encima deliberadamente. No sé lo que podría significar...

Un relámpago iluminó la noche y cortó la conversación de los dos profesionales. Se dieron cuenta de que llegaban los transportistas a recoger el cuerpo y llevarlo a un lugar donde el forense podría trabajar adecuadamente. Los transportistas eran un inmenso grupo de hormigas. El ciempiés se despidió de Frank con un saludo militar, llevando sus patas a la frente y luego separándolas con dramatismo, una a una, y siguió a la multitud.

Capítulo 3Eran las 23:36. En menos de media hora sería viernes. Lara levantó la vista del reloj con nerviosismo. Odiaba los viernes, eran el peor día de la semana. Los viernes eran el día de las copas con los amigos. Los viernes llegaba borracho. Los viernes ella "obtenía lo que se merecía", como decía él. Sólo de pensar en ello su estómago se encogió. Lara empezó a retorcerse las manos, como cada jueves.

El sábado era el día de la pena, del arrepentimiento y del llanto, el día de las excusas y las mentiras al médico, uno distinto cada semana. El domingo era el día del perdón, la "absolución de los pecados", como decía despectivamente su madre. Ella se enfadaba porque Lara no era capaz de decir adiós a su novio, pero su madre no comprendía que en realidad él la quería tanto como ella lo quería a él, y ella lo amaba, lo idolatraba. Así, el lunes se convertía en el día de las discusiones familiares. Cada día era un desafío por esconder las marcas, era frustrante… Sin embargo, ninguno era peor que el viernes. Todavía recordaba el de esa semana anterior… Él llegó a casa quejándose de algo, ella no pudo entenderlo, pues estaba tan borracho que sus palabras eran simples gemidos para sus oídos. Él la miró y le gritó. Ella miró al suelo, paralizada por el miedo, ¿qué más podía hacer?

23:45. Cayeron lágrimas por sus mejillas, al igual que habían rodado por ellas aquel viernes pasado, y todos los anteriores. Ella había llorado, le dijo que por favor la dejara en paz, pero él se acercó con una mano en alto, una mano que se convirtió en un verdadero martillo, un martillo que caía una y otra vez. Entonces revivió el dolor, todavía latente. Sintió las bofetadas que la habían derribado. Su labio se había hinchado y adoptado un color violeta. Él la había machacado, la

lanzó contra las paredes, le golpeó una y otra vez magullándole todo el cuerpo, le escupió cuando ella había caído rendida al suelo y no había podido siquiera levantarse.

23:55. Miró el reloj con fijeza, como si la hora fuera una broma de mal gusto y fuera a retroceder de un momento a otro.

00:03. Ya era viernes.

Mierda.

Capítulo 4Todo quedó en silencio, excepto por el ruido de la lluvia. Frank la observó, caía implacable. Repentinamente, se sintió muy solo. Sacudió la cabeza, ahuyentando tal emoción.

Entonces su cuerpo se puso en tensión. El imbornal lo resguardaba de la lluvia, pero no lo hacía de la luz de la farola, la cual lo observaba desde la acera de enfrente, amenazadora. La luz era peligrosa. Sobretodo en la calle. Lentamente, Frank retrocedió, y se sintió más tranquilo a medida que las sombras lo engullían. Permaneció quieto, el peligro aún no había pasado. Oía pasos cada vez más fuertes. Contempló el exterior, aguantando la respiración. Una pata gigante aterrizó en el suelo con estruendo justo delante del imbornal, sobresaltando a la cucaracha. Cayó sobre un charco, el agua salió disparada hacia Frank y, como un latigazo, golpeó su cara. Pero el humano pasó de largo. No se fijó en la cucaracha, que lo observaba desde la negrura, la negrura de la noche, la negrura de las alcantarillas.

Frank volvió a respirar, notó cómo su corazón tubular se relajaba, a la vez que su cuerpo. Aliviado, se adentró en el gran laberinto del alcantarillado.

Se movía a gran velocidad por las cientos de tuberías que conectaban la ciudad. El moho cubría el metal de sus paredes, y la humedad se condensaba en pequeñas gotas de agua en algunas zonas. Frank avanzaba por la superficie resbaladiza sin ver, la oscuridad era total. Izquierda, derecha, izquierda, una caída de metros, izquierda... Recorrió los túneles con seguridad, sabía el camino de memoria. Estaba cerca. El túnel desembocó en una fosa enorme y el bullicio de los miles de bichos allí congregados fue como un puñetazo, aunque un puñetazo tranquilizador. Frank respiró el repugnante

aroma que desprendía aquel agujero, sonriendo. El centro de la ciudad estaba en pleno auge a esas horas de la noche. Miles de cucarachas correteaban sin orden por las paredes metálicas, montándose unas sobre otras. Desde el centro de la fosa se erguían altas estructuras de basura que hacían la función de edificios. Toda clase de insectos las poblaban. La luz entraba a través de unas pocas rejillas, por lo que gran parte de la ciudad quedaba en sombra. Sólo algunas zonas estaban iluminadas por cuadrados de luz, zonas que los bichos rehuían.

Frank se adentró en la multitud, siguió a la masa hasta que llegó a un rellano en la pared. Salió del tumulto y observó el edificio residencial de basura que habitaba una colonia de cucarachas. Siguió él solo lo que quedaba de camino. Estaba cansado. Una camiseta deshilachada formaba parte de la infraestructura, era la zona de Frank. Pensó que probablemente el suelo era más mullido que aquella basura, pero tenía que conformarse. Dio un par de vueltas sobre sí mismo y se acostó.

Sabía que iba a ser una noche muy larga. Su cabeza no dejaba de darle vueltas a algo, una idea; una molestia cuando uno está cansado, en realidad. La escena del crimen irrumpía en su cabeza justo cuando estaba a punto de dormirse. La sangre, que en los bichos es hemolinfa y presenta claras diferencia con la sangre de los mamíferos, extendiéndose por el suelo, alrededor del grillo, ribeteando aquel dibujo. Dos circunferencias, una dentro de la otra. Los símbolos rodeaban la circunferencia externa, pero creyó recordar que habían además otros elementos que decoraban el dibujo. Intentó visualizarlo, a pesar del sueño y el cansancio. Dos circunferencias concéntricas, de su centro salían

una especie de líneas, eran rectas dentro de la primera circunferencia, pero al trasvasar su límite se curvaban, tomando curiosas formas, entrelazándose unas con otras, y finalmente sobresaliendo un poco sobre el límite de la última circunferencia, como pequeños rayos de sol. Y la sangre, hemolinfa al caso, dando los últimos toques, la sangre colándose entre las pequeñas piedras, mezclándose con la tiza, como parte del dibujo. Frank estaba seguro de que debía de ser muy difícil realizar dicha imagen, y habría llevado tiempo, debían de haberlo hecho antes de cometer el crimen. Debía de haberlo hecho alguien premeditadamente. Eso era lo que más preocupaba a la cucaracha. Recordó al esmirriado forense jugando con el cuerpo del grillo, preguntándole qué veía. Y lo había visto. El grillo no se resistió, fue una sorpresa. El asesino no lo alertó, probablemente estaba hablando con él antes de cometer el crimen, hasta que lo destripó justo encima del dibujo. El asesino... alguien que el grillo conocía... alguien quizás de su propia alcantarilla. Un vecino al que seguramente saludaría todas las mañanas mientras buscaba algo que echarse a la boca, uno de los vecinos a los que pedía disculpas por los ruidos de su abdomen... quizás un vecino también de Frank, ya que no vivía demasiado lejos de donde había sucedido el asesinato. Alguien que podría estar durmiendo tan solo en el edificio de al lado.

Frank se levantó. Estaba seguro de que esa noche no dormiría; sin embargo, al cabo de un rato, el cansancio pudo con él, y la cucaracha cayó en un sueño ligero que no hacía más que convertirse en pesadilla, pesadilla en la que un forense jugaba con cuerpos muertos a las muñecas y un dibujo parecía llenar las paredes, llamándole, como si en lugar de una imagen fuera una puerta...

- ¡Dios mío!

- Madre del amor hermoso...

Frank despertó sobresaltado. Se llevó una pata a la cabeza, aturdido. Los últimos gritos del sueño seguían allí, en su mente, rugiendo. La pesadilla seguía soltando aquellos alaridos de puro terror. Y no se callaban. Durante un momento, Frank pensó que seguía dormido, pero no lo estaba. Estaba sobre la podrida tela, en su podrido edificio, oliendo el olor a putrefacción. Nada como estar en casa. Pero seguía oyendo los gritos. En un instante de lucidez se dio cuenta de que no sólo estaba despierto, sino que además los gritos eran reales, sólo que se habían introducido en su sueño.

Gritos, mientras aquel dibujo se teñía de rojo, y él se acercaba a aquella puerta, al centro de las circunferencias, donde todas las líneas se fundían en un único punto blanco.

Frank miró a su alrededor. Todo estaba igual que siempre, las paredes mohosas llenas de insectos, los edificios también llenos de bichos, el suelo cubierto de gusanos... en fin, igual que siempre.

Pero los gritos procedían de algún sitio. La cucaracha escudriñó el vertedero, siguiendo la procedencia del alboroto. En una de las entradas a las tuberías se amontonaban más bichos de lo normal. Frank apretó el paso. Fuera lo que fuera, él también quería enterarse. Le daba la sensación de que lo que iba a ver no era demasiado agradable.

Tuvo que introducirse en diferentes masas de bichos

que se movían siguiendo distintos caminos, como quien cambia de carriles cambiando de dirección y sentido. Finalmente llegó y el jaleo se convirtió en un griterío que lo envolvía. Se abrió paso a base de verdaderos golpes entre los curiosos, hasta que llegó al origen del escándalo.

Los bichos se mantenían a una distancia prudencial, también era cierto que no podían acercarse más porque la tela blanca de araña lo impedía, mientras que un par de agentes de policía supervisaban que no se acercara nadie. Uno de ellos gritaba para hacerse oír por encima de la multitud.

- ¡Por favor, regresen a sus casas! Aquí no hay nada que ver...

El otro policía, un escarabajo regordete, meneaba la cabeza de un lado a otro. De vez en cuando se acercaba al primero, otro coleóptero, y le hablaba en voz baja. Frank se acercó lo suficiente para oír a los dos policías conversando.

- Dentro de poco rompen la tela... ¡Por favor, retrocedan! ¡Están dificultando el trabajo de los...!

- Da igual lo que les digas – interrumpió el escarabajo regordete -, les importa un carajo, son unos morbosos de...

Esta vez fue Frank quien interrumpió la conversación, tuvo que alzar la voz para que los policías lo oyeran.

- Disculpen, soy poli. - Frank se irguió un poco para que los otros dos pudieran observar la marca que así lo demostraba bajo su cabeza, la reconocían, ellos

también la tenían. - ¿Qué está pasando?

Los policías intercambiaron una mirada. El regordete levantó la tela de araña con una pata delgaducha, aunque muy fuerte, supuso Frank, y lo invitó a pasar. Frank cruzó el límite, sorprendiendo a los curiosos que estaban a su lado y motivando nuevas protestas por su parte. El policía tuvo que comenzar de nuevo con su perorata por-favor-váyanse-a-casa.

Frank hacía el esfuerzo de divisar algo entre la multitud de policías que se movían de un lado a otro, en un caos aparente. El escarabajo regordete le indicó que lo siguiera y se introdujeron entre la masa de investigadores.

- Un asesinato... la víctima es una oruga verde y gorda. Se llamaba Kathi y venía por aquí de vez en cuando, supongo que a escarbar un poco por comida.

Pero el escarabajo hablaba solo. Frank ya no estaba junto a él. Estaba petrificado. Otro asesinato, tan cerca, tan solo unas horas después del primero.

- ¿Dónde...? - su voz sonó áspera, no parecía él. Carraspeó y volvió a intentar formular la pregunta - ¿Dónde está el cuerpo?

El escarabajo se dio la vuelta para mirar a Frank, tuvo que retroceder bastante para volver a situarse a su lado. Levantó de nuevo la pata con la que había alzado la tela de araña y señaló. La cucaracha siguió con la mirada aquella extremidad. Apuntaba hacia la oscuridad.

Frank se movió en aquella dirección, seguido de cerca

por el escarabajo. El metal de la tubería se dividía en dos en aquel punto, dando lugar a una hendidura que dejaba al descubierto un agujero aún más oscuro que la propia tubería. Pero entonces Frank vio una luz. Se coló por la herida del metal, introduciéndose en una especie de cueva bastante amplia. Habían luciérnagas revoloteando dentro de la cueva, funcionando a modo de linterna para los policías que examinaban la escena. El agua goteaba de las paredes, produciendo su característico sonido al aterrizar en el suelo. Uno de los polis de la científica agarró malhumorado a una luciérnaga y la obligó a permanecer quieta, alumbrando lo que él quería examinar. Frank se acercó un poco para ver mejor. Era un surco en la tierra. El cuerpo había sido arrastrado. “Hablando del cuerpo...” pensó Frank.

El cadáver estaba en el centro de la cueva. Era una gran oruga, verde y gorda, como ya había adelantado el escarabajo regordete. Yacía en una posición antinatural, arqueada hacia atrás, formando una media luna macabra. No había sangre, pero en este caso las evidencias de violencia se percibían con total claridad. No sólo el cuerpo había sido arrastrado, además se encontraba atestado de hematomas. La piel verde se transformaba en violeta a cada centímetro de su cuerpo. Era una visión aún más perturbadora, si cabía, que la que había presentado el grillo horas antes. Aquello sólo podía definirse de una manera, todos los allí presentes lo tenían en la cabeza, pero ninguno decía nada. Fue Frank quien rompió el silencio, manifestando lo que todos ya sabían.

- La molieron a golpes.

Hubo un estremecimiento general. Sólo se oían algunos

susurros. Las luciérnagas seguían moviéndose por encima de sus cabezas, pero lo hacían lentamente, zumbando lo menos posible. La tensión era palpable. Los agentes miraban a Frank. Éste, aludido, devolvió cada una de las miradas. Tras ello se acercó al cuerpo. La cucaracha se apoyo contra él, parecía que se acostaría junto al cadáver, pero en su lugar empujó con todas sus fuerzas. Un murmullo comenzó a levantarse entre la muchedumbre.

- Aún no ha llegado el forense... - dijo uno, no muy convencido.

Frank lo ignoró y siguió impulsándose contra el fiambre. Éste se movió un par de centímetros.

- No podemos tocar nada hasta que llegue – dijo otro con más seguridad.

Pero Frank no le hizo caso. Siguió empujando. Había una sensación agitándose al fondo de su abdomen, una sensación odiosa. Albergaba la esperanza de estar equivocado, pero su estómago se negaba a apaciguarse. Con un gruñido, dio un último impulso al cuerpo de la oruga.

- ¡Oye! ¡No puedes hacer eso! - gritó indignado un último agente.

Pero en la gruta volvía a reinar el silencio. Todos los presentes concentraban su atención en lo mismo. Frank sabía qué era lo que había justo debajo de él. Lo sabía, pero eso no impidió que su estómago diera un vuelco. Dibujada con tiza blanca, allí estaba de nuevo, aquella irritante ilustración.

Capítulo 5“El mismo dibujo”, pensó la cucaracha.

- Dios mío, es imposible – susurró quedamente. Los demás lo miraban con desconcierto. Frank se dirigió a ellos. - Este dibujo ya lo he visto antes, en otro asesinato. - Frank hablaba con virulencia. Miraba los rostros de los presentes, algunos turbados, otros asustados. - Debajo de otro cuerpo, el mismo dibujo...

- Es cierto, pero eso no te daba derecho a mover la escena del crimen sin mi ilustre presencia y consentimiento.

Frank reconoció la voz, habían pasado un par de horas desde la última vez que lo había visto – despierto, al menos.

- Mucho trabajo, ¿eh, cucaracha? - el forense lo miró inquisitivo.

- Sí, supongo – asintió la cucaracha, algo cohibida por la presencia del ciempiés. Empezaba a sentirse avergonzada tras la excitación inicial.

El forense se acercó al cuerpo y lo examinó. Apenas le hubo echado un rápido vistazo se acercó a Frank. Cuando se hubo colocado a su lado comenzó a susurrarle algo al oído. Frank quedó paralizado, miró al otro a la cara con desasosiego. El ciempiés mantuvo su mirada intensamente. Luego se volvió de nuevo hacia el cuerpo y comenzó un análisis en profundidad.

Frank salió de allí con presteza. No había entendido del todo bien al forense, o eso quería creer. Tendría oportunidad de aclararlo todo más tarde. Entre lo expuesto por el forense, había algo que Frank sí había

entendido, el ciempiés lo había dicho claramente. “Reúnete conmigo en un par de horas, aquí mismo, confío en que para entonces ya no haya nadie por aquí...”

Así fue, dos horas más tarde, Frank volvió a la escena del crimen. El forense estaba allí, y el jefe de policía caracol. Ambos tenían expresión grave. En el centro, continuaba el cuerpo de la verde oruga. No había nadie más. Al llegar, el policía le dirigió una mirada de desconcierto, luego observó al forense. Éste encogió las patas, expresando indiferencia.

- Creo que de los agentes que he visto hoy, éste es de los más competentes. - El forense miró a Frank con fijeza. - Además, me parece un tipo legal.

Frank, confundido, aguardando en la entrada de metal alguna señal por parte de los anfitriones, carraspeó y se dirigió al caracol:

- ¿Señor?

El caracol, con el mismo aspecto cansado que presentaba anteriormente - “aunque se le ha ido toda la gracia”, pensó Frank – le devolvió el saludo con una inclinación de cabeza y seguidamente lo invitó a entrar. El caracol reanudó su conversación con el ciempiés, se había visto interrumpida por la entrada de la cucaracha.

- ¿Y qué sugieres que hagamos?

El ciempiés lo miró con gesto furtivo.

- Lo que estamos haciendo, llevarlo... sigilosamente.

- En secreto – aclaró el caracol.

El ciempiés meneó la cabeza, el jefe de policía no daba su brazo a torcer. El caracol miró de nuevo a Frank, pero hablaba con el ciempiés.

- ¿Y a él qué le has dicho?

Los flexibles ojos del caracol estaban ahora muy quietos, tensos. El ciempiés se apresuró a contestar.

- Pues la verdad, que no creía que fuera apropiado dar toda la información a los demás. Las sospechas de un asesino en serie pronto se convertirían en noticia, y luego todo el mundo iría por ahí contándolo a grito pelado. Adiós factor sorpresa.

Bueno, no era lo único que le había dicho. No era eso lo que de verdad había dejado pasmado a Frank; sin embargo, el forense siguió hablando:

- Bueno, cucaracha.

- Frank...

- Sí, eso... Frank – El ciempiés se llevó un par de patas bajo la cabeza y descansó sobre ellas su peso. - Supongo que te habrás dado cuenta de que estos asesinatos están, digamos, un poco relacionados.

- Por supuesto – concedió. Se acercó al cuerpo y entornó la vista para verlo, estaban a oscuras, las luciérnagas ya no estaban alumbrando la escena; sin

embargo, llegaba una vaga luz procedente de la ciudad que se reflejaba en el metal de la tubería y entraba a la cueva. -Pero hay algo que no entiendo – dio una vuelta alrededor del cuerpo, observándolo minuciosamente. -El modus operandi es... distinto. La única similitud entre ambos asesinatos es ese... dibujo.

El jefe caracol intervino con su lógica aplastante.

- Tienes que tener en cuenta que no es lo mismo una oruga que un grillo. Es mucho más difícil matar un grillo a golpes que hacerlo con una oruga. El asesino no quiso correr riesgos y lo mató de una manera más rápida.

- ¿Y por qué correr riesgos con la oruga? ¿Por qué no degollarla? Obviamente, ésta tardó mucho en morir.

- Necesitaba un arma, pero ya se había deshecho de ella tras el asesinato del grillo.

Frank miró a su jefe. Tenía cierto sentido.

- En ambos asesinatos – continuó el caracol,- el asesino utilizó mucha fuerza. Aquí es evidente... su cuerpo está totalmente macerado. Por otro lado, no sé si se habrán dado cuenta, en la calle habían unas marcas en el suelo, eran tres marcas – si hubiera tenido extremidades, habría expresado el movimiento de un arma dejando dicha señal, pero como carecía de patas, hizo el movimiento con la cabeza.

“Así que tú también las viste”, pensó Frank. Por supuesto que las había visto, para eso era de los mejores polis que había en la ciudad. Pero entonces Frank vio un resquicio en el razonamiento del caracol.

- ¿Por qué iba a deshacerse del arma homicida? Está claro que fue algo... planeado. El asesino tenía planeado cometer los crímenes cuando y donde han sido. El dibujo, tuvo que haberlo hecho antes de cometer el homicidio. El grillo estaba justo encima del dibujo cuando murió.

Pero como siempre, su jefe policía encontraba una explicación plausible.

- En el segundo caso, la víctima fue arrastrada encima del dibujo. Estamos de acuerdo con que esa es su firma, ¿cierto? Pues se encontró con la oruga y por alguna razón que aún desconocemos, la mató.

- … a golpes – introdujo el forense.

- Sí, a golpes. Sin arma. Luego hizo el dibujo y arrastró a nuestra víctima encima de su firma.

Frank reflexionó sobre ello.

- ¿Cuál es la relación entre las víctimas?

- Ninguna – respondió el forense. Luego miró al caracol - ¿Me equivoco?

- No, aún no hemos encontrado nada – respondió el aludido. - Aún así, no es el primer caso en que nos encontramos víctimas sin relación alguna.

- Y tampoco tienen relación aparente con nuestra otra víctima.

Frank frunció el ceño. Desorientado, preguntó:

- ¿Nuestra otra víctima? ¿De qué hablas?

El caracol le dedicó una mirada de preocupación al forense. Éste no le hizo caso y se dirigió a Frank.

- Hay una tercera víctima. Bueno, en realidad, cronológicamente es la primera. En esta ocasión yo no fui el forense asignado al caso, pero he leído el informe. Bajo el cuerpo había un dibujo, descrito por mi compañero como “un complicado diagrama muy perturbador”. Nuestro jefe de policía sí pudo presenciar la investigación, por lo menos la parte inicial.

El caracol asintió.

- Yo vi el dibujo también, era el mismo que éste – el caracol agitó la cabeza en dirección al “complicado diagrama muy perturbador”. - Me avergüenza decir que hasta que no he visto este último no le he dado la suficiente importancia al caso, pues creo que tenemos a un peligroso asesino en serie en nuestra propia ciudad.

Capítulo 6Oyeron un ruido. Por la grieta de metal apareció una pequeña lombriz. Bajo su cabeza, Frank reconoció la marca. Era policía.

- Señor, ha dejado de llover. Me dijo que lo avisara cuando...

- Sí, agente. Gracias. - el caracol miró al ciempiés. - Ya hablaremos. Ahora que no llueve tengo trabajo. Frank, tú eres otro agente más. Te quiero arriba ya mismo tomando declaraciones a los vecinos.

- Señor, ya las tomamos cuando...

- Quiero una investigación más profunda, éste no es un caso normal. Interroguen a todos los vecinos, a todos, habla con los que has hablado y con los que no. Quiero saberlo todo acerca de ese grillo.

- Sí, señor – asintió la cucaracha.

La reunión había terminado. Frank abandonó el lugar, seguido por el ciempiés. El caracol, por supuesto, fue el último. Antes de despedirse del forense, Frank le dijo:

- A propósito, señor, ¿sería posible acceder a ese informe del que hablaba? El de su compañero.

- Pues en realidad no creo que se pueda – dijo el forense. - Aunque, si te digo la verdad, me da igual. ¿Qué tal si luego te pasas por mi tugurio y te lo dejo?

- Me parece bien, señor.

- Entonces nos vemos luego, y no me llames señor, por dios. Llámame... Ilustre Doctor, o algo así...

“Creo que te llamaré superpatas” pensó Frank. Pero no dijo nada. El ciempiés se despidió refunfuñando, como de costumbre.

La mariposa miró a un lado y a otro, con nerviosismo. Luego, acercándose mucho a Frank, susurró algo muy rápido. Frank no comprendió nada.

- Disculpe, señorita, pero no la he entendido.

La mariposa miró al cielo con irritación. Luego, con una fina pata, señaló algo que había detrás de ella. La cucaracha inclinó la cabeza para ver tras ella. Sólo veía a otros policías interrogando a otros vecinos. Ahora ella movía la boca.

- A...ma...lia

- ¿Disculpe?

- A...ma...lia

La mariposa hablaba con la boca muy cerrada, y ahora además de señalar con la pata lo hacía con la cabeza. Los ojos de Frank iban de la mariposa a los demás vecinos y de nuevo a la mariposa. Ésta cada vez se notaba más exasperada.

- Amalia... la... abeja...

- Señorita, no...

La mariposa lo agarró y acercó su cara a la de Frank, casi gritándole:

- ¡La abeja es la asesina! ¡Shh! - se puso una mano delante de la boca, a la vez que se separaba de él - ¡Shhh! Silencio!

Se quedó muy quieta. Lentamente, empezó a girar la cabeza, con los ojos como platos. Su mirada se cruzó con la de la abeja, que la observaba enfadada. El agente junto a ella miraba a Frank, confundido. La mariposa volvió la cabeza de nuevo hacia la cucaracha. Frank, con turbación, pensaba: “Dios mío, está loca”. Intentó retomar la declaración por donde la había dejado, antes del ataque de paranoia de la mariposa.

- Bueno... ejem...entonces, ¿no ha visto usted nada fuera de lo normal durante estos... últimos días?

- Sí, sí que he visto cosas raras.

Previendo la respuesta, Frank lamentó haber preguntado.

- Hace unos días ya que nuestra “amiga” - al decir esto, la mariposa le picó un ojo, provocándole un escalofrío – está fuera de su colmena más tiempo del normal. Además, antes se la veía con más abejas, pero ahora suele estar más tiempo sola. La oigo algunas noches zumbando por ahí... una sola abeja, me asomo y, ¿adivina a quién veo? A nuestra “amiga” - volvió a picar el ojo – volando.

Frank permaneció callado unos segundos, los suficientes para decidirse a seguir con la declaración,

contrariamente a lo que su mente le recomendaba - Uuuy, esta tía está muy loca, sal corriendo “amigo” -. Otro escalofrío recorrió su cuerpo.

- ¿Hubo algo más que le llamara la atención? - la mariposa empezó a mover afirmativamente la cabeza – Algo que no tenga que ver con nuestra... “amiga”.

La mariposa, entonces, quedó inmóvil. Caviló un momento. Luego negó con la cabeza.

- De acuerdo... - dijo Frank, mirando a la demente - ¿sabe si la víctima solía verse con alguien?

- No... Bueno, sí. Siempre estaba con un amigo suyo, pero de eso hace años ya. Se llevan bien. Es buen tipo, si me permite decirle.

La cucaracha escuchaba atenta, pero la mariposa calló.

- ¿Quién es ese tipo? - instó Frank.

- ¿Qué?... ¡Ah! No es de esta alcantarilla, pero vive cerca. Creo que se llama... Norberto. Es una rata gris, peluda.

Frank sintió una punzada. Una rata... tenía uñas y dientes. Podría destripar a un grillo. De la misma manera, podría matar a golpes a una oruga. Quizás no utilizó sus garras para no ser incriminado. Pero seguía habiendo detalles sueltos.

- Vale. Muchas gracias, señorita. Ya hemos terminado.

- Investiguen a la abeja... ella es la culpable. Ella.

- Claro...

La mariposa echó a volar, y Frank se dirigió presuroso a Amalia, la abeja, antes de que ésta también se fuera por los aires.

- ¡Disculpe!

La abeja miró al agente que la llamaba, luego a la mariposa, que ya se perdía por el cielo.

- No creerá de verdad...

- No, no. Quería preguntarle otra cosa. Usted suele volar por la noche, según me decía... su amiga. - la abeja hizo una mueca. Frank prosiguió – ¿Vio usted algo anormal esas noches en que volaba?

- Ya se lo he dicho a su compañero. Sí había algo. El grillo, desde hace unos buenos meses, solía salir por la noche... antes de que me pregunte, no sé a dónde... volvía unas horas más tarde. Nada más. Es lo único que puedo decirle.

- Vale... ¿Sabe algo de un tal Norberto?

- ¿La rata? Sí, claro. Era amiga del grillo.

- Gracias, Amalia.

Al igual que había hecho la mariposa, la abeja se fue zumbando.